

TRES MONOS

¿Recuerdan esas figurillas que presentan tres monos que se tapan los ojos, la boca o las orejas respectivamente? No sé exactamente de dónde proceden, pero recomiendan algo muy simple: No ver, no oír, no hablar.

Muchas personas son como esos tres monos y no se comportan así por razones filosóficas profundas, sino más bien por comodidad. Si no oyes, no escuchas cosas que no te convienen, no te interesan o te apremian y te interpelan. Sobre todo, estas últimas cosas que te convocan a tomar actitudes o a comprometerte, son aquellas que mejor hay que ignorar y, de ese modo, uno puede pasar indiferente junto a cualquier ruido. La vida se vuelve silenciosa y ningún grito de dolor, ninguna llamada de atención, altera nuestro paso ni nos urge a tomar posiciones.

El mismo efecto puede tener el hecho de taparse los ojos. No ver la realidad apremiante, confusa, violenta o injusta nos libera de compromisos. No digamos el taparse la boca. No hablar es la mejor forma de no manifestarse, de ocultar nuestras verdaderas intenciones o nuestros pensamientos. Es una forma de eludir cualquier manifestación que pueda delatar nuestros más íntimos deseos, necesidades, exigencias o fantasías. Así no cometemos *lapsus linguae*, esos ‘deslices’ que nos delatan y que tanto aprovechan los psicólogos para saber dónde están nuestras debilidades y neurosis.

Pero no sólo los monos se refieren a actitudes personales que tratan de ignorar lo que ocurre alrededor. También hay quien predica esas posturas de ojos, oídos y boca cerrados, imponiéndolas a los demás. Quien quiere dominar a otro o a otros, le impone que no vea por sí propio, que no oiga más que la voz de mando o que no diga nada, pues no está permitido tener opiniones independientes.

Hay muchos modos de someter al prójimo a esa mudez, ceguera y sordera inducidas. Así, el sujeto es en realidad un objeto, un muñeco de ventrílocuo. Mantendrá los ojos cerrados, los oídos tapados o la boca cerrada a voluntad de quien lo maneja.

En los últimos tiempos, hay pequeños dictadores o grandes, según se mire, que en lo privado y en lo público quieren mantenernos en la posición de los tres monos. No quieren que nos demos cuenta, ni que digamos nada, acerca de la desfachatez con que algunos roban y sumen en la miseria a muchos. No quieren que veamos con claridad el porvenir de enfrentamientos fratricidas que acecha a muchos pueblos. Tampoco desean que señalemos su incuria, sus defectos o sus arbitrariedades. Muchos de estos manipuladores se escudan en la norma, en la ley vigente o en la conveniencia colectiva. Otros más sibilinos recurren con descaro a valores morales a fantasías mesiánicas o, simplemente, a establecer por sí mismos donde está el fiel de la balanza.

Unos y otros sólo quieren que seamos monos silenciosos, ciegos y sordos.

En un reciente viaje, encontré en una tienda un curioso soporte para rollos de papel higiénico. Estaban los tres monos tapándose los ojos, los oídos y la nariz. Creo que es una buena metáfora para prevenirnos de la mierda que nos hacen respirar, oler, oír y gustar todos esos partidarios de no abrir la boca y de tragar con todo lo que se les ocurre y que no es más que el producto de su propia ambición, de su afán de dominio o, en algunos casos que rayan en lo patético, de sus errores, incoherencias y de su afán por ocultar sus debilidades y su mediocridad.